

nadores fué parte para que los ingenios de la época se consagraran á sacar de él motivos para poemas individuales; y mientras que se encuentran muchos en latín y en castellano sobre asuntos religiosos, como los numerosos que celebran la aparición de la Virgen de Guadalupe, como el del P. Abad "*Heroica de Deo Carmina*," como el trabajoso *La Teresiada* del P. Valencia, como el bellissimo del P. Landivar, *Rusticatio mexicana*, como el gongorino la *Primavera indiana* de Sigüenza, el clásico *La Divina Providencia* del P. Navarrete, y otros cien sobre diversos asuntos, sólo á un señor D. Francisco Ruiz de Leon, nativo de Tehuacan,<sup>1</sup> le ocurrió publicar á mediados del siglo pasado, un poema intitulado: *La Hernandia, Triunfos de la fe, Gloria de las armas españolas, Poema heróico, Conquista de México, Cabeza del Imperio Septentrional de la Nueva España, Proezas de Hernan Cortés, Católicos blasones militares y grandezas del Nuevo Mundo*, que á pesar de su título rimbombante, de haber sido dedicado á Fernando VI y de ser verdaderamente la Historia de Solís puesta en octavas, ha pasado inadvertido al grado de que muy pocos lo conocen. Todos prefirieron, como era natural, seguir leyendo la bella, aunque mentirosísima prosa de Solís, á mascar las octavas gongorinas y fastidiosas del poeta de Tehuacan de las Granadas.

## IV

Llegamos á la época de la insurreccion y á los tiempos posteriores hasta hoy, y aquí tambien es preciso detenernos un poco estudiando el carácter social de México para poder explicarnos el por qué no ha habido una epopeya popular desde los años de la lucha, y por qué no se han escrito poemas heróicos

<sup>1</sup> Beristain, hablando del P. Agustin Castro, menciona entre los MS. que dejó este jesuita mexicano, que murió en Bolonia en 1790, un poema intitulado "*La Cortesiada: poema épico de Hernan Cortés*." Esta obra es desconocida. En cuanto al *Peregrino Indiano* de Saavedra, es más bien una historia rimada que un poema. Clavigero dice de él, que no tiene de poema más que el metro.

despues, inspirados por los hechos gloriosos de nuestros antepasados, en aquella guerra memorable.

Seria necesario examinar profundamente el estado social y moral en que se hallaba lo que se llamó Nueva España cuando estalló la revolucion y mientras que ella duró, para poder apreciar con justicia las causas de este fenómeno literario, así como las de otros de mayor importancia que han influido despues poderosamente en nuestra vida política.

Ya que eso no se puede, ni las dimensiones de este estudio lo permiten, bástenos indicar los siguientes hechos que son innegables. La insurreccion produjo una division profundísima en la poblacion de la colonia. Una parte de la raza indígena de los pueblos centrales y una parte de las clases mestizas y pobres, tambien de los pueblos centrales, siguieron á los insurgentes de 1810. Otra parte de esa raza indígena, por apatía, por hábito de servidumbre ó por impotencia, permaneció sumisa á las autoridades españolas. Lo mismo sucedió á otra gran parte de las clases mestizas de los pueblos centrales y aun de los lejanos. Las clases ricas, los grandes propietarios rurales y mineros, los comerciantes, no sólo permanecieron adictos al gobierno colonial, sino que aun fueron hostiles á la revolucion. El clero se dividió; el alto, el rico, el que disfrutaba de los más pingües beneficios en las grandes ciudades y administraba los cuantiosos bienes de los conventos de regulares, se declaró desde los primeros dias contra la Independencia, y fulminó toda clase de anatemas sobre los insurgentes, predicó contra ellos en todos los púlpitos, puso sus tesoros á disposicion de los realistas, y no pocos de sus miembros empuñaron en una mano el Crucifijo y en la otra la espada para pelear con los que apellidaban herejes enemigos del rey y de la religion.

Lo que se llamaba el clero bajo, los curas de los pueblos del campo y de la montaña, los frailes de algunos conventos humildes, simpatizaron con el movimiento de independencia, y los primeros y más ilustres caudillos de él, los que deben llamarse verdaderamente *Padres de la Patria*, porque iniciaron la guerra y la sostuvieron, como Hidalgo y Morelos, salieron precisamen-

te del seno de ese clero pobre, testigo inmediato de las miserias del pueblo.

Así pues, dada la educacion hondamente religiosa que habia recibido el pueblo colonial, educacion que lo llevaba hasta la supersticion y el fanatismo intolerante y feroz, natural era que se hubiese producido un conflicto terrible en el espíritu de las masas, y fuerza es confesar que en una parte de ellas el deseo de libertad fué irresistible, puesto que no cejó en la empresa á pesar del anatema de las altas jerarquías eclesiásticas, que pudo haber desautorizado á los sacerdotes jefes de la insurreccion, así como pesó sobre ellos, á la hora de su martirio en el caldoso.

Pero en otra parte considerable de estas masas sí produjo efecto la predicacion del alto clero; y fué el fanatismo religioso precisamente el que atrajo á las filas realistas desde 1810, á los rancheros que acaudillaban Oviedo y Elorza; á los treinta mil criollos que segun Alaman combatieron por espacio de once años, contra los insurgentes, á las órdenes de Armijo, de Iturbide, de Quintanar, de Bustamante y de Santa-Anna; á los negros de Juvera y á los negros esclavos del español Yermo, que con desesperada fidelidad salian de México el 22 de Setiembre de 1821, repicando las campanas de los pueblos y gritando *viva el rey* en los oídos del ejército trigarante mandado por Iturbide y por otros ex-realistas convertidos de la noche á la mañana en independientes.

Así pues, faltaba el sentimiento unánime en el pueblo, que es el que da vida á la epopeya espontánea y democrática; pero aun así, se sabe que entre las tropas insurgentes, particularmente entre las de Morelos, de Mina y de Guerrero, hubo muchos cantos en que se celebraban las victorias, se lamentaban los reveses y se alentaban las esperanzas de la Patria. Hace cuarenta años que los viejos insurgentes ó sus hijos los entonaban todavía algunas noches en sus cabañas montañosas. Eran romances muy rudos naturalmente, pero muy expresivos, y pintaban con exactitud los sentimientos de la época. Pero esos cantos se han perdido, y los sucesos desgraciados de nuestra

guerra con los yankees y los de nuestras continuas guerras civiles los han hecho olvidar completamente.

Pero si faltó unanimidad en las simpatías de la poblacion colonial para celebrar el primer movimiento de independencia, ¿por qué no se formó una epopeya popular con el segundo, puesto que en él tomaron parte las clases más cultas y se notó mayor aceptacion de parte de todas? Por una razon muy sencilla. Porque este segundo movimiento no fué popular, sino dirigido por las clases altas, ántes enemigas de la insurreccion, y dirigido justamente no sólo contra el sistema de libertad iniciada en España, sino contra las aspiraciones de los caudillos de 1810; de modo que subsistió la division social anterior, y gran parte del pueblo, al ver este complot teocrático y oligárquico, lo aceptó por necesidad, pero bien pronto manifestó su aversion á los nuevos caudillos.

Además, la famosa cruzada del plan de Iguala no se prestaba á la epopeya. No hubo en ella proezas que celebrar. Fué más bien una cruzada mercantil, en la que si hubo alguna lucha entre los *héroes*, fué motivada por el precio de la apostasía, de la traicion y de la bajeza, y por las competencias de la subasta. Fué una conquista iniciada por frailes y ricachos en los rincones de los conventos, y concluida por mensajeros que se dirigian á los campamentos y á los cuarteles cargados de onzas de oro y de libranzas. Los pocos combates que hubo, fueron insignificantes; aunque dieron un barniz de guerra á aquella enorme operacion bursátil, arreglada de antemano en los conciliábulos de la Profesa. Así, la accion de Córdoba fué más bien honrosa para Hévia que para Herrera; la toma de Durango por Negrete, costó más bilis y tinta que sangre, y la desgarbada accion de Atzacapotzalco fué tan pobre en hazañas como dudosa en gloria, que sin embargo se atribuyeron tanto Bustamante como los españoles, siendo inútil para los dos partidos. En cuanto á la famosa escaramuza de los 30 contra 400, tan cacareada por los trigarantes, y en que la fantasía de los aduladores puso la mayor parte, fué una vulgaridad despues de las hazañas verdaderas de Morelos y de sus tenientes.

Iturbide, á los belicosos que lo azuzaban para que terminase de una vez la guerra con un combate decisivo, contestaba, segun afirma Alaman, con el proverbio familiar de México:—“*Si con atolito vamos sanando, atolito vámosle dando.*” Ahora bien: el sistema del *atolito* no se prestaba á la poesía heroica. Lo que debe correr por las venas de la epopeya, no es *atole*, sino sangre.

Tal fué la campaña de 1821. Quizás por eso los cantores de Iturbide se han visto apurados siempre, buscando motivos para entonarle una oda, y se han limitado á elogiar su apostura, su gallardía, su destreza como jinete, la gracia de sus modales, cualidades todas que no son enteramente inútiles en la epopeya, pero que no constituyen su condicion principal. Quintana Roo y Sánchez de Tagle, desde 1821, cantando en presencia del caudillo triunfador, se vieron obligados á evocar las proezas de Hidalgo y de Morelos para dar un sabor épico á sus odas, como Pindaro tenia que evocar las hazañas de los semidioses para enaltecer á los triunfadores del Circo. Despues Lafragua, en sus detestables y prosaicos versos de 1841, tuvo que hacer lo mismo, hablando de Hidalgo, de Guerrero, del sol, de la luna, de las estrellas, y que hacer un alegato jurídico para poder concluir en tono elegiaco lo que habia comenzado en tono heroico.

En suma, aquel segundo movimiento de 1821 fué muy hábil, pero no fué épico.

Pues entónces, ¿por qué no hubo una reaccion poética en favor de los héroes de 1810, despues de la caida de Iturbide? Sí la hubo, pero no en la forma popular y colectiva, sino en la individual y exclusivamente lírica, y lo prueban los cantos que con motivo de las fiestas de Setiembre se han dado á luz desde 1824, en honor de los Padres de la Patria.

Sólo que esta poesía lírica fué escasa, y tan mediana, que pocos de sus monumentos han podido salvarse del olvido. En cuanto á epopeya individual, ni intentos siquiera ha habido de ella en los sesenta años que han trascurrido desde aquel tiempo hasta nuestros dias, con todo y que Olmedo y los poetas sud-americanos nos daban un brillante ejemplo cantando á por-

fía á Bolívar, á Sucre, á Carrera, á San Martín, á Alvear y á todos sus héroes de la independencia.

Para explicarnos tambien este fenómeno, tenemos que acudir á los motivos históricos y sociales.

Verdad es que Iturbide habia caido, y que con esto se produjo de pronto una reaccion en favor de los insurgentes de 1810. Guerrero, Bravo, Victoria, y con ellos todos sus antiguos amigos de la guerra de once años, se vieron exaltados al poder y disfrutaron de gran popularidad. Pero las ideas y opiniones del hombre de 1821 no habian muerto con él, y habian quedado encarnadas en sus antiguos compañeros, que como él tambien, habian sido enemigos encarnizados de los primeros caudillos de la insurreccion.

Ahora bien: si Iturbide decia en su *Manifiesto* publicado en Italia durante su proscripcion, que aún volveria á perseguir á los patriotas de 1810 si se reprodujera aquella situacion, sus viejos compañeros los ex-realistas que se habian quedado en México y que le habian hecho traicion á él mismo, pero que querian suplantarle en su papel de héroes y de gobernantes, tenian que participar de sus ideas respecto de los insurgentes de la primera época, so pena de pasar á los ojos del pueblo por lo que eran verdaderamente, esto es, enemigos de la independencia y traidores á España, á la que habian servido como mercenarios.

Así es que, tan pronto como pudieron sobreponerse por sus constantes sublevaciones, y esto fué desde luego, procuraron por todos los medios de que puede usar el poder, que se opacase la memoria de aquellos héroes, cuyo solo nombre era un reproche para esos viejos genizaros del despotismo colonial. ¿Cómo habia de glorificar Bustamante á Hidalgo y á Morelos, cuando habia dejado la medicina para sentar plaza de soldado á fin de combatir contra el primero, y cuando habia sido de los humillados en Cuautla por el segundo? Para Bustamante, al contrario, era una gracia denigrar á los héroes de 1810, y él mismo los mandaba asesinar cuando podia, como lo hizo con Guerrero, ó los perseguia furiosamente, como lo hizo con Quintana Roo.

Baste decir que este militar sanguinario y brutal, sin talento y sin virtudes, que lo mismo se jactaba de haber lanceado á los insurgentes, como de haber lanceado á los españoles en Juchi, y que sólo á los yankees no quiso lancear en 47, se entregó enteramente, durante su gobierno, en manos de D. Lúcas Alaman, el deturpador y enemigo acérrimo de los caudillos de 1810.

Los poetas cortesanos de ese tiempo, ¿cómo habian de pulsar la lira en loor de esos caudillos, corriendo el riesgo de desagradar al gobernante? ¡Imposible! Y la desgracia fué que no floreció en aquellos tiempos calamitosos ningun poeta valeroso é independiente que pulsase la lira en alabanza de los verdaderos héroes.

Despues siguiéronse la guerra civil y los motines militares en todo su furor. Toda aquella soldadesca del ejército trigarante se habia convertido en una turba de pretorianos que ambicionaban el poder, y que se desgarraban unos á otros para conseguirlo. Ya federalistas, centralistas ó dictadores; unas veces pronunciados y otras gobernantes, aquellos brigadieres, coroneles, capitanes, y hasta sargentos, en union de sus respectivos goli-las y áulicos, mantuvieron al pueblo en perpetua agitacion. Entónces pudo haber una epopeya colectiva, aunque disímbola y contradictoria, y la hubo en efecto, porque cada uno de esos matasietes tenia un enjambre de poetas aduladores á su servicio; pero semejante epopeya, que no se proponia inmortalizar más que bellaquerías y miserias, además de ser ruin como obra de arte, es indigna de mencion por vergonzosa.

Despues, nueva guerra civil y nuevos himnos á los hombres del poder, con especialidad á Santa-Anna, que fué todavía dictador por tres años más. ¿Quién iba á acordarse entónces de los héroes de 1810? El anciano brigadier iturbidista que años ántes habia tenido veleidades en favor de los primeros insurgentes, y que habia sido enemigo de Bustamante y de su ministro Alaman, vino á entregarse tambien en manos de este otro anciano más enemigo que nunca de la independenciam, y resuelto como el dictador, á gobernar conforme al programa teocrático-militar de 1821.

Precisamente otro anciano veterano de 1810, fué quien echó abajo esa dictadura, proclamando el plan de Ayutla, que contenia las aspiraciones netamente populares de la primera época de la Independencia. Entónces hubo como una explosion de libertad, y con ella volvió el culto de los primeros caudillos, que se manifestó en los discursos cívicos, en los escritos diarios y en los cantos de los poetas. Pero como á esos días de triunfo se siguieron luego la rebelion reaccionaria y la terrible guerra de Reforma, fecunda en desastres y en peripecias, aquellos recuerdos se desvanecieron ante el furor de la lucha, y no hubo lugar más que para la poesía tirteica del combate y para la poesía burlesca del pueblo. Entónces hubo algo de epopeya colectiva y democrática, y Guillermo Prieto fué uno de los poetas que contribuyeron á ella con los cantos más populares que servian de provocacion al enemigo y de toque de arremetida á las huestes de la Reforma.

Pero esa especie de epopeya compuesta de ligeras narraciones y de cantos burlones é injurias, y que es la única que haya sido verdaderamente popular en México, al ménos entré la gente que habla el español, tuvo una vida momentánea, como hija de una guerra de hermanos y producto de las pasiones de partido.

Siguió al nuevo triunfo liberal la guerra de intervencion extranjera y con ella el Imperio. El triunfo del 5 de Mayo dió vuelto por unos días á la poesía lírica, que expresó en varoniles acentos el orgullo de la Patria, y todavía Guillermo Prieto fué el autor de los más inspirados, así como siguió siendo el cantor de la lucha, aun en medio de los mayores reveses y en el camino del destierro.

Entretanto, en México se operaba un fenómeno singular; el joven príncipe que ocupaba el trono levantado bajo los auspicios de la intervencion francesa, se manifestó desde los primeros días admirador entusiasta de los caudillos de la Independencia, y sincero ó no en su admiracion, impulsado por móviles de política, como quieren algunos, ó convencido por razones históricas, el hecho es que expresó su opinion de cuantas maneras pudo.

Trasladóse, con una gran comitiva, en Setiembre de 1864, al pueblo de Dolores, y allí solemnizó la noche del 15 el grito de Independencia dado por Hidalgo en 1810, y peroró al pueblo desde la misma ventana en que según la tradición habló á las masas el ilustre caudillo.

Después, en 1865, quiso celebrar con solemnidad inusitada el centenario del hombre más grande de la insurrección, del inmortal Morelos; hizo erigir una estatua y colocarla en una de las calles más céntricas y brillantes de México, la de San Francisco, en el amplio lugar que se llama Plazuela de Guardiola, y allí rodeado de su corte y del ejército, no quiso confiar á nadie el discurso inaugural de la estatua y conmemorativo del centenario, y él mismo fué el orador, tributando un homenaje público de admiración al héroe sin rival.

Luego, no hallando en ninguna parte una galería de retratos de los héroes de la Patria, mandó hacerla con empeño, encargando los cuadros á los mejores artistas, y gracias á eso, tenemos en el salón de embajadores la galería de nuestros héroes, incompleta, como él la dejó, á causa de los sucesos que sobrevinieron.

Justo es confesar que este hombre hizo lo que debieron haber hecho los gobernantes de México anteriores á él. Lo repetimos, sincero ó no, este extranjero, este descendiente de la casa de Austria, este usurpador coronado, cuando ménos dió una lección severa á los Gobiernos y Ayuntamientos republicanos que desde 1824 hasta 1863, en todo habían pensado ménos en erigir estatuas á los Padres de la Patria, en conservar sus retratos y en honrar su memoria con monumentos públicos. Es cierto que se había proyectado la erección de un gran monumento en honor suyo en medio de la Plaza Mayor de México, pero quedó en proyecto, pues no se hizo de él más que el zócalo, que se ha convertido después en paseo con el jardín que se plantó al rededor de él. También es cierto que se había erigido una estatua de Hidalgo en Toluca, pero se debía á una donación privada y no á un decreto público. Por lo demás, un Congreso se contentó con decretar como una gran cosa, que se deposita-

sen las cenizas de los héroes debajo de un altar lleno de ratas en la Catedral de México, y con poner el nombre de aquellos caudillos ilustres á varias poblaciones y á varias calles y plazuelas de los suburbios.

En cuanto á retratos, apenas existían de los primeros héroes algunos imperfectos; los pequeños hechos en cera por Rodríguez; los publicados en Londres, copia de éstos, y los que publicó en malas litografías Alaman, que deturpando y todo á nuestros próceres, nos hizo ese favor.

En nuestro Museo Nacional entonces no había más que unos cuantos ídolos, algunos castillos de *popote* y el retrato del gigante Martín Salmeron.

En cambio, la adulación había elevado la estatua de Santa-Anna en la plaza del Volador, y Tenerani en Roma había hecho, por encargo de los palaciegos, los bustos en mármol, de Bustamante, de Alaman, de Santa-Anna: el retrato de Iturbide se ostentaba en el Palacio Nacional, y en Chihuahua apenas se levantaba un cenotafio ridículo de ladrillo en el lugar en que había sido fusilado el padre de la patria.

Volvamos á Maximiliano. De esperarse era que al ver su afecto á los héroes de 1810, los poetas de la corte completasen aquella manifestación, acometiendo, por fin, la obra de la epopeya de la Independencia, ó al ménos enriqueciendo la poesía lírica con nuevos cantos. Pero no fué así. Nadie pulsó la lira en ese tono; nadie se movió; ni la lisonja palaciega logró producir en el alma de aquellos poetas del partido monárquico una inspiración patriótica. ¡Pobre Maximiliano! él no conocía tal vez el fondo de odio inextinguible que existía en el espíritu de aquellos literatos contra los caudillos de nuestra independencia en 1810. Ellos habían podido cantar á Iturbide, pero á Hidalgo y á Morelos, nunca, y es seguro que reprobaron sordamente los alardes patrióticos del príncipe en Dolores y en el centenario de Morelos.

Pero lo peor ha sido, que después del triunfo de la República en 1857, nada se hizo mejor que lo que se había hecho antes. Y fué que entonces las glorias de la segunda guerra de in-

dependencia hicieron olvidar las de la primera. Se olvidó á Hidalgo y á Morelos, y sólo se pensó en D. Benito Juárez. Algunos lisonjeros exagerados, precisamente de los que no habian servido para nada en la guerra de intervencion, queriendo, ya que les faltaba el de los servicios en tiempo de prueba, contraer algun mérito con el presidente afortunado, llegaron hasta colocarlo á la misma altura de Hidalgo y de Morelos, como si hubiera sido lo mismo crear la patria sacándola del caos de la servidumbre, que conservarla por deber cuando estaba ya formada, y como si fuese dable que en México pudiera haber algo ni entónces ni jamas, que se igualase á la resolucion sublime de Hidalgo, ni al genio de Morelos.

Por lo demas, Hidalgo y Morelos fueron personalidades, y Juárez fué una personificacion de la defensa nacional. Mas como la fama y la poesia buscan precisamente las personificaciones, el hecho fué que Juárez asumió la gloria colectiva de la guerra, y por entónces su imágen opacó en la memoria del pueblo la de los padres de la patria. Tan cierto es esto, que miéntas centenares de retratos suyos se ostentaban en las casas de gobierno, en los salones municipales, en las oficinas y en las escuelas, apénas se encontraba uno que otro de Hidalgo en esos mismos lugares, y miéntas se le ha erigido por órden del Gobierno un suntuoso sepulcro de mármol, adornado con su estatua, no se ha erigido todavía en México la del ilustre caudillo de 1810.

No deben censurarse tamaños honores, pues el famoso presidente los mereció, y la patria ha hecho bien en manifestar así su gratitud al hombre que la representó dignamente; pero cada cual debe ocupar su puesto respectivo, y si la República ha consagrado monumentos públicos al magistrado que supo conservarla incólume, tiempo há que debia haberlos consagrado á los héroes que con sacrificio de su vida la fundaron.

Esta cuestion de los monumentos públicos no está de más en el asunto de que tratamos, porque ella se enlaza íntimamente con la epopeya nacional, y explica en parte el olvido en que se ha echado la tradicion heróica de la independenciam de México.

Los monumentos votivos, los templos, las inscripciones conmemorativas, las estatuas, los sarcófagos, las columnas, mantienen viva en las naciones la memoria de los grandes hombres y de los hechos gloriosos; con ellos la imaginacion popular anima la sombra de los héroes, y crea en torno suyo las leyendas; la juventud se familiariza con la historia, y la poesia en la epopeya hace del heroismo el númen tutelar de la patria. La Grecia antigua levantaba un templo para cada héroe, convirtiéndolo en semidios; consagraba sus recuerdos patrióticos con fiestas solemnes en que tomaban parte la religion y la poesia. Los griegos conocian desde niños la grandeza de sus padres, viéndola eternizada en los bronces de los templos, en las estatuas de las plazas y de las calles, oyéndola relatar en los gimnasios y en los bosques sagrados, representar en la escena, cantar en los juegos olímpicos y confundirse en los himnos sagrados con el poder de los dioses. Así se vigorizaba naturalmente el carácter nacional, y cuando venia la invasion extranjera, aquel pueblo sabia luchar, siquiera fuese con el poder tremendo del imperio persa, y sacando fuerza de su entusiasmo, alcanzaba la victoria.

Todas las naciones cultas han imitado ese útil ejemplo. En la América del Norte, la imágen de Washington se levanta por todas partes, y su nombre se repite constantemente por sus conciudadanos desde la escuela hasta el Capitolio; y en la América del Sur, las estatuas y los retratos de Bolívar se ostentan en las plazas, en los palacios, en los museos y en las escuelas; las estatuas de Miguel Carrera y de San Martín se elevan en Santiago y en Buenos Aires, la historia de los héroes es conocida de todos, y despues de Olmedo, que cantó la victoria de Junin, el venezolano Felipe de la Tejera presentó en el año pasado en Carácas, como ofrenda en el centenario de Bolívar, su bello poema épico en doce cantos *La Boliviada*, en que celebra en estro homérico toda la guerra de independenciam.

De este modo en esas repúblicas del Sur, la admiracion y el entusiasmo del pueblo que habian creado desde luego la poesia lírica patriótica, mantuvieron el fuego sagrado aun entre las

borrascas de las guerras civiles; la gratitud consagró los monumentos públicos, y la epopeya individual ha nacido al calor de estos sentimientos, y seguirá formando el carácter republicano y varonil, como en la Grecia de otros tiempos.

## V

En México, unas veces porque las frecuentes guerras intestinas mantenian siempre exhausto el tesoro federal y el de los Estados, otras porque las mejoras materiales llamaban de preferencia la atencion del Gobierno; tal vez porque la prensa ó los artistas mismos no promovian con empeño la ereccion de monumentos públicos á los héroes, y por último, quizás á causa de la apatía, que es como el fondo de nuestro carácter, el hecho es que contamos con un número muy corto de tales monumentos. Redúcense á la estatua de Hidalgo en Toluca, que segun hemos dicho se debe á una donacion particular; á la estatua de Morelos que hizo erigir Maximiliano, y que Juárez mandó trasladar á la plazuela de San Juan de Dios; á la estatua de Guerrero que un Ayuntamiento, presidido por D. Mariano Riva Palacio, yerno de aquel grande hombre, hizo erigir en la plaza de San Fernando; á otra estatua de Hidalgo que el gobierno del Estado de San Luis Potosí, patrióticamente inspirado, levantó en la plaza mayor de su capital; al cenotafio de ladrillo que hay en Chihuahua, en el lugar mismo en que fué sacrificado el Padre de la Patria, y á otro cenotafio humilde que se ve en Ecatepec en el lugar donde fué fusilado Morelos.

Ultimamente se trabaja en la ereccion de la estatua de Cuauhtemotzin en nuestro paseo de la Reforma de México, y se inaugurará próximamente, habiéndose encargado la obra al jóven ingeniero Jiménez (que acaba de morir), y al acreditado escultor Noreña.

Pero en lo relativo á los héroes de la Independencia, el noble ejemplo dado por el Estado de San Luis Potosí no ha sido seguido por los otros Estados, que tienen el honor de contar con un héroe ó con varios, así como no ha sido seguido tampoco el

ilustrado ejemplo del patriótico Gobierno del Estado de Morelos, que decretó últimamente que se reprodujese la imágen del excelso caudillo cuyo nombre lleva, en los sellos públicos.

La iniciativa de uno de nuestros amigos en la prensa, para que se erigiese un panteon monumental en el que reposaran las cenizas de los héroes de la patria, quedó sin eco.

El recuerdo de las hazañas de estos hombres ilustres fundadores de la nacionalidad, constan en obras históricas voluminosas, como las de Bustamante, Mora, Zavala y Alaman, que además de ser escasísimas, no están al alcance de los más á causa de su costo; ó bien en librillos de escuela de muy pocas páginas, en que apenas se hace mencion de aquella época.

Así pues, en un pueblo en que no hay monumentos que eternicen la memoria de los héroes, y en que hasta escasean las noticias acerca de ellos, no es de extrañarse que no haya florecido la poesía épica nacional. Al contrario, lo sorprendente es que aún quede historia ó tradicion de lo que fueron, entre las clases más cultas.

En cuanto al pueblo ignorante, haced la experiencia, preguntad á un hombre cualquiera, sea de los indígenas analfabéticos, ó bien de los mestizos que hablan español y que saben leer, quién es la *Virgen de Guadalupe* ó el santo de tal ó cual pueblo, y os dirá al instante la historia ó la leyenda de los milagros. Preguntadle en seguida quién fué Hidalgo, quién fué Morelos, quiénes fueron los Galeanas, Mina, Guerrero, los Bravos, los Rayones, Valerio Trujano, Pedro Asensio, y se encogerá de hombros, no sabiendo qué responder. ¡Apénas se conserva un vago recuerdo de ellos en los lugares mismos que ilustraron con sus hazañas!

Esta diferencia consiste, en que la Iglesia ha cuidado de tener siempre presente en la imaginacion popular el objeto del culto, y de excitar dia por dia el sentimiento religioso por la enseñanza de las tradiciones.

Cuando esto no se hace valiéndose de la objetividad y de la narracion, los pueblos pierden irremisiblemente su historia, sus tradiciones, su religion misma.